

## ALBERTO GERCHUNOFF: ¿GAUCHO JUDÍO O ANTIGAUCHO EUROPEIZANTE?

Cuatro versos del *Martín Fierro* expresan en forma sintética la realidad argentina de las últimas décadas del siglo XIX:

Todo se güelven proyotos  
de colonias y carriles,  
y tirar la plata a miles  
en los gringos enganchaos...<sup>1</sup>

Esa realidad fue consecuencia de la política liberal de hombres como Sarmiento, Mitre y Alberdi, quienes bajo el lema "Gobernar es poblar" —fórmula propuesta por el último— dictaron en la Constitución de 1853 que

El Gobierno Federal fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar, ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir las ciencias y las artes.<sup>2</sup>

De acuerdo con la filosofía de la Generación de 1837, los inmigrantes —los arriba mencionados "gringos"— portadores de civilización y progreso, poblarían el desierto y, con su laboriosidad ordenada, darían el golpe de gracia a la barbarie gaucha que hasta entonces habían dominado a la Patria. Oigámoslo de la pluma de un descendiente espiritual de esta generación:

Esa época de incubación y de organización del país está

<sup>1</sup> "El gaucho Martín Fierro", *Antología de la poesía gauchesca*, ed. Horacio Jorge Becco, Madrid, 1972, p. 1430.

<sup>2</sup> GLADYS S. ONEGA, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Santa Fe, Universidad Central del Litoral, 1965, p. 5.

cifrada en los hombres de visión distante que han percibido la necesidad en su hora, la función indispensable. Su acción desde 1820 hasta 1880 consistió en despojar el espíritu nacional de los residuos indígenas y gauchos... Mitre y Sarmiento combaten contra la falange negativa. Es la campaña de la ciudad contra el ruralismo cerril... Mitre y Sarmiento son los antigauchos, son los europeizantes.<sup>3</sup>

La antinomia es conocida: civilización = Europa = inmigrante/barbarie = desierto = Argentina = gaucho.

El autor del pasaje que acabamos de citar es Alberto Gerchunoff, cuyo lugar dentro de las letras argentinas se consagró en 1910 gracias a un volumen de cuentos intitulado *Los gauchos judíos*.<sup>4</sup> Gerchunoff, llegado a la Argentina desde Rusia en 1889 gracias a uno de aquellos "proyectos/de colonias y carriles",<sup>5</sup> publica su libro como homenaje en su Centenario al país cuyo "generoso... pabellón... ampara los antiguos dolores de la raza" (*Los gauchos judíos*, p. 15).

Los estudios sobre las veinticinco narraciones que componen la obra generalmente la caracterizan así:

Es la historia del arraigamiento definitivo de una colonia judía en el corazón de la provincia de Entre Ríos... La llegada llena de esperanzas de los nuevos argonautas, el ir adaptándose poco a poco al ambiente hasta adueñárselo por entero... esos judíos llegan a argentinizarse, a sentirse parte integrante de la nación... En *Los gauchos judíos* llega a su última fase la relación de criollos y extranjeros. Hasta entonces hubo, como en el caso que plantea Rafael

<sup>3</sup> ALBERTO GERCHUNOFF, "El problema de la nacionalidad y la política del idioma", *La Nación*, 29 de junio de 1924. Gerchunoff expresa conceptos análogos sobre el gaucho en *Entre Ríos, mi país*, Buenos Aires, 1950, pp. 47-48.

<sup>4</sup> Hemos manejado la edición de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), Buenos Aires, 1964. Antes de su recopilación en volumen, los cuentos fueron publicados en *La Nación*.

<sup>5</sup> Sobre la colonización judía en la Argentina a fines del XIX existe un excelente estudio (en hebreo) del profesor HAIM AVNI, de la Universidad Hebrea de Jerusalén: *Argentine: The Promised Land (Baron de Hirsch's Colonization Project in the Argentine Republic)*, Jerusalem, 1973. Avni incluye una bibliografía en varios idiomas sobre el tema.

Obligado en el último canto de su *Santos Vega*, un conflicto: el nativo contra el inmigrante... otro ejemplo nos lo da *La gringa* de Florencio Sánchez, en donde, aunque también se produce un choque, en el desenlace final se formula un voto de una conjunción que una a ambos y llega a vislumbrarse una cierta esperanza. Aquí, en *Los gauchos judíos*, se ha logrado esa conjunción y en ella reside uno de los motivos de la originalidad del libro.<sup>6</sup>

*Los gauchos judíos*. El título resume la conjunción de criollos y extranjeros. Entonces, criollo = argentino = gaucho. ¿Pero no es Gerchunoff el mismo que se asocia —como hemos visto— a los antigauchos, a los que ven en el gaucho una falange negativa? ¿Cómo explicar esta contradicción? ¿Quién es el gaucho de *Los gauchos judíos*? ¿Cómo lo pinta Gerchunoff? En las páginas siguientes intentaremos buscar las respuestas a estas preguntas, con el fin de esclarecer ese aspecto de la obra de Gerchunoff.

El término “gaucho judío” proviene del cuento “El poeta”, relativo a Favel Duglach, “uno de los colonos menos laboriosos”:

Favel Duglach tenía alma de poeta.

En su espíritu se habían fundido las tradiciones hebreas y gauchas. Aquel judío, flaco y amarillo como una llama, sentía la poesía criolla del valor en la misma forma que se exaltaba al relatar, ante el auditorio acostumbrado, algún episodio de la Biblia... Era una figura original. Su garfiuda nariz se extendía por todo el rostro. Larga melena y largas barbas le daban prestancia fantástica; las bombachas y el requintado chambergo exageraban aún más su absurda silueta. Rabí Favel solía decir:

—Soy un gaucho judío...

<sup>6</sup> SARA JAROSLAVSKY DE LOWY, *Alberto Gerchunoff. Vida y obra. Bibliografía. Antología*, New York, Hispanic Institute, 1957, p. 27. Los estudios restantes que hemos consultado son, en su mayoría, artículos de diversas revistas, muchos de ellos publicados a raíz del fallecimiento de Gerchunoff en 1950. Una reciente contribución es el trabajo de DAVID VIÑAS, “Gerchunoff: gauchos judíos y xenofobia”, en *Literatura argentina y realidad política: apogeo de la oligarquía*, Buenos Aires, 1975.

Y lo era, en efecto. En su idioma duro y pedregoso glorificaba la vida nómada del paisano. Conocía las fábulas de la comarca, que narraba los sábados a los colonos, sublimando con su emoción el heroísmo de los criollos del pago entrerriano y el coraje guerrero de los israelitas de otra edad... (pp. 81-82).

¿Qué hace un gaucho de Favel Duglach? Gerchunoff menciona la indumentaria: bombachas, chambergo;<sup>7</sup> más adelante presenta al colono mezclándose "en las tareas del gaucho y pialar y enlazar a la par de ellos a los novillos chúcaros" (p. 84); también "sabía rasguear la desecha guitarra".<sup>8</sup>

Pero si examinamos cuidadosamente la descripción de Duglach, advertimos que lo que más le da derecho a caracterizarse como gaucho es que "sentía la poesía criolla del valor"; "En su idioma duro... glorificaba la vida nómada del paisano... conocía las fábulas de la comarca, que narraba... sublimado... el heroísmo de los criollos del pago entrerriano". Lo que conmueve a Gerchunoff, a través de Favel Duglach, es el gaucho de la "vieja tradición" (p. 85), un ente del pasado, perteneciente ya a la historia, a la época anterior a los años 1880-1890. El paralelismo que el autor establece con "algún episodio de la Biblia" y "el coraje guerrero de los israelitas de otra edad", sirve para apoyar esta configuración. Ricardo Rodríguez Molas, en su *Historia social del gaucho*, explica:

En la década de 1880 el gaucho, nómada libertario sin ley y sin tierra, pasa a ser peón de estancia sin abandonar muchas de sus formas de vida material y espiritual. Su menta-

<sup>7</sup> Para la indumentaria del gaucho, cf. FERNANDO O. ASSUNÇÃO, *El gaucho*, Montevideo, Imprenta Nacional, 1963.

<sup>8</sup> Ricardo Rodríguez Molas, en su *Historia social del gaucho* (Buenos Aires, 1968), trata esta mestización —mezcla de lo gringo y lo gaucho— que tiene lugar en el campo a finales del siglo XIX: "La mestización... influye en las costumbres del inmigrante, adaptando... éstos algunas modalidades del criollo. Muchos visten como los gauchos y usan sus aperos. Hasta el canto y la guitarra pueden ser empleados por algún irlandés acriollado..." (p. 498).

lidad, adecuada a la vida sin ataduras y a constantes persecuciones, odia todo lo que represente la ley, así fuese justa. De allí el interés por los relatos donde la policía es vencida en mitológicos duelos; por las interminables huidas hasta las tolderías de los indios... Los temas se repiten y, posteriormente, todas las relaciones adoptarán el mismo y monótono tema. La mayor aspiración del gaucho... será imitar a sus ídolos: Juan Moreira, Lucas Barrientos, Pancho el Bravo... (pp. 445-446).

Gerchunoff reconoce la disonancia entre presente y pasado, cuando habla del viejo gaucho, Remigio Calamaco, boyero de la colonia:

... añoraba el tiempo transcurrido, las hazañas de su edad juvenil... Paladín de huestes bravías concluía su existencia repleta de hechos gloriosos, en las monótonas tareas de la colonia. Ni siquiera rodeos o yerras. Divididas en predios las enormes extensiones de tierra, alambrados por todas partes, su espíritu acostumbrado al comunismo de antes, se sentía oprimido en el nuevo régimen. Disperso el criollaje, muertos los camaradas de los días grandes y olvidados, miraba con oculta tristeza a los extranjeros, que araban el campo y llevaban la cuenta de los terneros y de las gallinas.<sup>9</sup> Su vejez, llena de lamentos como su guitarra, traducía la melancolía infinita de los vencidos (p. 44).

Melancolía. Un pasado repleto de hechos gloriosos frente a un presente de monótonas tareas. Martiniano Leguizamón, el costumbrista defensor de la literatura nativista-regional, y uno de los tempranos reivindicadores del *Martín Fierro*,<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Rodríguez Molas dice de la época: "Hoy el antiguo desierto está alambrado, densos montes de eucaliptus cubren grandes extensiones de tierra, los trigales invaden campos donde antes pacía el ganado" (*Historia social del gaucho*, p. 499).

<sup>10</sup> Cf. FÉLIX WEINBERG, "Martiniano Leguizamón y el *Martín Fierro*", en *Martín Fierro, un siglo*, Buenos Aires, 1972, pp. 37-40.

alude a esta nostalgia del tiempo perdido en su prólogo a *Los gauchos judíos* (fechado el 28 de abril de 1910):<sup>11</sup>

Vaya... un recuerdo también para los viejos criollos —venidos de la raza— que despiertan en el alma de los niños, con sus relatos legendarios, un vago sentimiento de respeto y amor hacia los tiempos que pasaron (pp. 14-15).

Gerchunoff era efectivamente un niño cuando conoció y oyó los relatos de Favel Duglach y Remigio Calamaco.<sup>12</sup> En la obra aparece como el peoncito Jacobo, “el más acriollado de la colonia, como lo demostraban sus bombachas de brin y sus boleadoras” (p. 58). Durante sus años en la colonia, el joven ve y hasta comparte los aspectos residuales de la vida del gaucho: vestimenta, aperos, destreza en el manejo del equino y del vacuno, junto a la pulpería, las supersticiones, y el juego de la taba. Su padre, Gregorio Gerchunoff, es muerto por el facón de un gaucho emborrachado, tragedia que lleva a la familia a trasladarse de la colonia Moisesville, donde había vivido desde su arribo a la Argentina, a la colonia Rajil y, posteriormente, a Buenos Aires.

El asesinato es ejemplo de la inadaptación social del gaucho hecho peón, inadaptación traducida en una multiplicidad de incidentes sangrientos —cuchillo en mano—, que en aquella época se registran en pulperías, carreras, fogones y otros sitios públicos. Gerchunoff cuenta el episodio en *Entre Ríos, mi país* (publicado póstumamente en 1950):<sup>13</sup>

<sup>11</sup> El prólogo apareció en la segunda edición de *Los gauchos judíos*, Buenos Aires, Gleizer, 1936.

<sup>12</sup> Gerchunoff había nacido en Rusia en 1884, y vivió en las colonias de Moisesville, provincia de Santa Fe, y Rajil, provincia de Entre Ríos, desde 1889 hasta 1895. David Viñas, en su *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar* (Buenos Aires, 1971), habla de la “ambigua relación entre el niño y uno de los criados, generalmente capataz o peón antiguo, diestro obediente y prestigioso [que] se convierte... en una de las constantes más significativas de la literatura argentina vinculada a los grupos dirigentes tradicionales” (p. 219; subrayado en el original).

<sup>13</sup> Aunque partes del libro fueron escritas mucho antes.

Cerca de nosotros se había establecido una pulpería... [que] pronto comenzó a ser un punto de tránsito de la región... Un paisano de traza sospechosa, lleno de cicatrices, negruzco, de ojos inquietos, que usaba larga faca, se llevó un caballo de la colonia. El propietario se quejó a la autoridad más próxima y la policía no tardó en encontrar al ladrón y en obligarle a devolverle el animal. Aquel paisano resultó ser un vago de los alrededores, reacio al trabajo, pendenciero y bebedor. Después de devolver el caballo, se afincó más a la pulpería, donde pasaba las tardes, riñendo con los demás gauchos... Aquel día el vagabundo lo había pasado desde la mañana en la pulpería y estaba totalmente ebrio... De pronto apareció el gaucho con el cuchillo desnudo, revolteándolo en el aire (pp. 22-23).

El padre queda con "la cabeza mutilada, el cuerpo deshecho" (pp. 23-24); la madre y la hermana escapan con heridas; el malhechor es ultimado a golpes.

Pero en *Los gauchos judíos*, el cuento "La muerte del rabí Abraham", que se basa en un suceso real, lo poetiza hasta darle cara de "lámina rusa en la tierra armoniosa y bravía de los gauchos" (p. 47), descripción que Gerchunoff utiliza para caracterizar al ambiente frío e invernal del día de la muerte.<sup>14</sup> Termina la historia:

Sacaron al rabí Abraham del corral y lo dejaron tendido en el suelo, en el centro del rancho. Lo cubrieron con un linezo blanco. Tenía la cara torcida en un rictus doloroso, los ojos abiertos y hundidos, la barba rubia y densa temblaba levemente al paso de los que salían de la habitación y entraban en ella. Rabí Abraham, con su cabellera, con su barba, con su túnica parecía Nuestro Señor Jesucristo, velado por los ancianos y las santas mujeres de Jerusalem (p. 49).

Sobre el fondo real se crea el objeto estético; es parte del proceso de mitificación del gaucho y sus acciones contra la

<sup>14</sup> Jaroslavsky de Lowy habla de la relación de Gerchunoff con el modernismo, así como también Iris Estela Longo en "Presencia de Gerchunoff en la narrativa argentina", *Universidad Nacional del Litoral*, Santa Fe, n° 72 (1967), pp. 47-66.

ley, del cual el autor evidentemente participa. Gerchunoff mismo describe cómo de niño "devoraba" las historietas de Martín Fierro, Juan Moreira y otros gauchos-bandoleros, que traían las marquillas de los paquetes de cigarrillos, para luego desenvolverlas en "amplios, fantásticos relatos".<sup>15</sup> Su visión del gaucho en *Los gauchos judíos* —como la de los mismos vencidos de la raza— se va filtrando a través del lente de la poesía, que no necesariamente refleja la realidad empírica. En la historia "La visita", Gerchunoff habla del estanciero Don Estanislao Benítez, viejo combatiente en los ejércitos de Justo José Urquiza, el famoso caudillo entrecorriano:

Dos recuerdos grandes enorgullecían su fuerte vejez de ñándubay... refería siempre su vida de soldado de Urquiza:

—Cuando don Bartolo fue a verlo a Urquiza y nos reunimos en la cuchilla grande, le dijo don Justo José: "éste es de los que le hablé", y don Bartolo me dio la mano... En seguida comenzaba a conversar de Juan Moreira, cuyas aventuras solía leerle la hija, educada en un colegio de Villaguay, para añadir:

—Mi compadre el doctor Míguez... me leyó un día en un diario de Buenos Aires, como murió Juan Moreira... Estos dos hechos le daban una superioridad increíble ante los demás gauchos (p. 63).

Gerchunoff dice que la idea que tenían del gaucho sus correligionarios de los primeros tiempos de la colonia, era más bien fruto de la mitología gauchesca que de la observación directa:

Admiraban el gaucho y lo temían, envolviendo su vida en una vaga leyenda de heroísmo y de barbarie...

Las fábulas de sangre y bravura interpretadas mal por los nuevos campesinos contribuyeron a fomentar el concepto que tenían sobre el paisano. Resultaba para el judío de

<sup>15</sup> VICENTE SÁNCHEZ OCAÑA, "Con Alberto Gerchunoff", *La Nación*, 1 de diciembre de 1940.

Polonia o de Besarabia, el bandido romántico, feroz y caballeresco... cuyas aventuras leían las muchachas (p. 102).

El autor comparte esta actitud. El gaucho-boyero, Remigio Calamaco, quien mejor representa la legendaria mezcla de heroísmo y barbarie en *Los gauchos judíos*, es el personaje que más impresiona al joven, a tal punto que en *Entre Ríos, mi país*, publicado años después, Gerchunoff incluye dos "láminas campesinas", una de las cuales trata la muerte de Don Remigio.

Este viejo, tipo martinfierrresco, era "alto y ancho, rugosa la cara, toda cubierta de cicatrices, larga la melena, larga la barba que el viento agitaba en el tranquilo galope de su pan-garé" (p. 43). Cuenta Gerchunoff que

En las tardes de lluvia... don Remigio refería antiguas proezas a los mozos judíos reunidos en la carpa... Naturalmente, no sabía leer. Su ciencia se componía de aforismos camperos, anécdotas de olvidados combates y los di-charachos tejidos en el intervalo de las carreras de Las Moscas o los agudos retruécanos con que acribillaba al adversario —un maula [cobarde], desde luego— en una partida de taba. Claro está, paisano tan insigne no desconocía el arte de pagar... Y era temible su daga, cuyo cabo de plata brilló en duelos incontables al fulgor de la luna. Anciano ya, en el mísero cobertizo donde entraban la lluvia y el viento, don Remigio aún solía evocar en un rasgueo los años de su juventud. Entonces el episodio monotonero cedía su sitio a un recuerdo más íntimo. Sus dedos esqueléticos se animaban, su rostro flaco y fiero tornábase dulce.

—¡Traí la guitarra, Juan! Entuavía sé algo.

Afinaba las cuerdas con lenta minuciosidad y tras prolijos ensayos comenzaba con su añejo repertorio. Eran las conocidas décimas de todos los paisanos, coplas que destilan el alma pensativa y ruda de los gauchos en que se funde la valerosa barbarie con las ternuras de amor. Y don Remigio terminaba cada décima con esta exclamación:

—Ansina se cantaba en mi tiempo (pp. 43-44).

En *Los gauchos judíos*, Don Remigio cierra su existencia en

una celda de cárcel después de hundir la daga en la cabeza de su propio hijo, a quien acusa de maula por rehuir una pelea en los alrededores de la pulpería. El hecho, lejos de considerarse un delito a los ojos de la peonada, suscita su admiración —y la del autor— por el anciano criollo, cuyo código vital no admitía la falta de valor, rasgo superlativo del alma gaucha. En *Entre Ríos, mi país*, la muerte de Don Remigio, acaecida mientras enlazaba un toro, evoca el siguiente comentario por parte de Gerchunoff:

Así murió don Remigio Calamaco, en su última proeza de gaucho, así concluyó su vida, densa en hechos, sin haber conocido el decaimiento entristecedor de la vejez, con el lazo silbando en el aire (p. 145).

La sección de "láminas campesinas" que incluye los recuerdos adicionales de Don Remigio, también describe la visita de Gerchunoff a una estancia de Entre Ríos durante el otoño de 1940, o sea casi medio siglo después de su niñez en Rajil. El ex-colono admite que fue allá bajo el pretexto de descanso, pero que su verdadero propósito era volver a tomar contacto directo con el campo de su juventud, cuya memoria se le había hecho algo borrosa —y por ende "puramente poética"— con el pasar de los años:

Y en esa frecuentación del campesino de Entre Ríos, comprendí una vez más los rasgos íntimos que diseñan y ocultan el alma de la provincia. El entrerriano no se parece al personaje gauchesco que las generaciones actuales conocen a través de una interpretación fabulosa, de imágenes literarias, y que lleva en sí un desvanecimiento de tristeza ficticia, o de una desolación de una raza vencida, metido con el espíritu en el tiempo que fue y hostil, por reacción, a todo lo que es viviente, mudable o imprevisto... este paisano de Entre Ríos es un elemento incorporado a la volición del progreso y es un resorte ágil del país que construye... No hay en el hombre terráneamente entrerriano, vestigios de moreirismo ni chispas de matrero (pp. 146-147).

Aquí Gerchunoff parece dissociarse de los recuerdos puramente poéticos, o en todo caso con deseos de corregir la distorsión de la realidad que es interpretación "ficticia" del gaucho, interpretación que conlleva la melancólica tristeza de una raza vencida, nutrida de memorias de hazañas bárbaras, con un espíritu anti-progreso, el producto, en fin, "de imágenes literarias". Pero ¿no son estos mismos recuerdos poéticos, según hemos visto, los que moldean la figura del gaucho en *Los gauchos judíos*? ¿Dónde está la clave de esta aparente dicotomía? Gladys S. Onega ha mostrado<sup>16</sup> cómo, hacia finales del siglo XIX, mientras el aluvión inmigratorio llega a su cenit, la élite criolla "dueña de la tierra y del poder" (p. 8) empieza a reaccionar contra los "advenedizos",<sup>17</sup> glorificando al pasado con su "estatismo social y... homogeneidad racial" (p. 36). Entre los objetos puramente estéticos que se manejan dentro de este añejo "orgullo de raza" (p. 38), está el gaucho, ya extinguido como grupo social por la política de esta misma élite.<sup>18</sup> Onega cita las palabras de Santiago Calzadilla, autor de una serie de artículos publicados en *La Nación* con el significativo título *Las bellezas de mi tiempo*, como ejemplo de esta actitud:

Pero huyamos del tiempo presente a donde nos arrastra la idea de los males que nos aquejan, y vamos a los de bonanzas, que son los pasados... [Entonces] vivían tantos tipos ingénitos... que a la par del gaucho legendario desaparecen —ante los gringos insulsos e interesados que vie-

<sup>16</sup> *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Santa Fe, Universidad Central del Litoral, 1965.

<sup>17</sup> Es interesante advertir que Gerchunoff usa esta palabra —que tenía una connotación negativa— como título de uno de sus libros: *Argentina, país de advenimiento* (Buenos Aires, 1952), donde boga por una Argentina abierta a los hombres y a las ideas.

<sup>18</sup> Viñas, en su *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar*, lo ha expresado de este modo: "Una de las contradicciones fundamentales de esa coyuntura histórica puede formularse así: los escritores vinculados a la oligarquía inauguran la exaltación del gaucho —eliminado por la clase social de la que dependen [*sic*]— cuando esa misma clase muestra sus iniciales síntomas de inquietud frente a los descendientes de los gringos que ha importado" (p. 233).

nen con otras costumbres y necesidades— con la actual civilización que no necesita de ese hombre de fierro que en medio de la pampa desprendía su lazo y aprisionaba al animal bravío, que se había criado en plena libertad sin acercarse a las poblaciones ni ver gentes (p. 37).

“Ya en 1889 —escribe Rodríguez Molas— la nostalgia de los viejos tiempos embarga a muchos; en aquel año fiestas campestres y jineteadas sirven para evocar algo que creen puede definir lo que denominan ‘lo nacional’. En 1910 la euforia tradicionalista prosigue con mayor brillo” (p. 504). Los advenedizos, a la vez, “buscan esos mismos signos externos de prestigio para afirmarse en su nuevo status” (Onega, p. 39). Buscan la manera de identificarse con “lo nacional” para demostrar su argentinidad. De ahí *Los gauchos judíos*.

Explicando la razón de ser del libro, Gerchunoff dice que concibió “el plan de estudiar la vida judía en un ambiente libre, sin la persecución eterna”. En 1910, siendo crítico literario de *La Nación*, realiza algo de su propósito al publicarse *Los gauchos judíos*, en el cual, según él mismo declara, trató de pintar las costumbres de los agricultores judíos (*Entre Ríos, mi país*, p. 34). Pero que éste no fue el único (¿ni el principal?) motivo de Gerchunoff, lo capta Bernardo Verbitsky: “Puede decirse que los judíos adquirieron su verdadera carta de ciudadanía en la Argentina con este libro, con el cual comparecieron a los festejos del Centenario de la independencia de su nueva patria”.<sup>19</sup> El deseo de pertenecer que animaba a Gerchunoff queda claro en este trozo de *Entre Ríos, mi país*:

Mi pena era no ser igual a los demás, es decir, no ser argentino. Expuse una vez mi caso al profesor de gramática el cual lanzó una carcajada formidable y me abrazó con afecto. Es que yo tenía dieciséis años y me faltaban dos para poder naturalizarme. Al día siguiente, me llamaron a la oficina del rector. Sin decirme nada, el rector y el profesor me metieron en un coche.

<sup>19</sup> “Premio Alberto Gerchunoff”, *Comentario*, XII (1965), 44, p. 86.

—¿A dónde vamos? —pregunté tímidamente.

—¡Pues hombre! —exclamó el rector— ¡a hacerlo argentino!  
...Acaso no lo es en realidad? (pp. 31-32)<sup>20</sup>

El afán de mostrar abolengo hispano-criollo a través de la identificación con el gaucho se apoya, en *Los gauchos judíos*, en las constantes referencias a las "épocas castizas" (p. 98) anteriores a la expulsión de 1492, cuando los hebreos vivían en España, prosperando material y espiritualmente. En efecto, Gerchunoff les dice a los argentinos "de pura cepa": nosotros, los judíos inmigrantes del este de Europa, a pesar de nuestro aparente extranjerismo, somos tan criollos como ustedes, no sólo porque vivimos en el campo, haciéndonos gauchos, sino también porque nuestras raíces hispánicas son auténticas y se extienden a los siglos antes de la Conquista. Y para sus correligionarios inmigrantes, Gerchunoff tiene el siguiente mensaje: Argentina = España, no la España-hoguera de la Inquisición, sino la España-Tierra de Promisión, donde "nuestros hermanos vivían tranquilos al amparo de los reyes de Castilla" (*Los gauchos judíos*, p. 100).

La nostalgia por los viejos tiempos de la élite argentina —nostalgia reflejada en el libro de Gerchunoff— se compone en parte de una revalorización del medio rural y sus habitantes nativos frente al cosmopolitismo de Buenos Aires, donde a la larga se radica la gran mayoría de los inmigrantes,<sup>21</sup> Gerchunoff entre ellos. Leopoldo Lugones, en su "Oda

<sup>20</sup> Gerchunoff fue excepción a la regla. Según Carl Solberg, (*Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970), "All the immigrant nationalities considered here shared an extraordinary reluctance to become citizens either in Argentina or Chile. In 1914 only 33, 219 Argentine immigrants, or about 2.25 per cent of the total male foreign-born population, were naturalized" (p. 42).

<sup>21</sup> James R. Scobie, en *Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat, 1860-1910* (Austin, University of Texas Press, 1964) escribe: "for every newcomer who tilled the soil, ten others made their living at urban pursuits... Indeed, the wise and the lucky... soon returned to the city, where social and economic advance was infinitely easier than in the country side" (p. 54).

a los ganados y a las mieses", publicada en 1910,<sup>22</sup> alza cantos en loor de la pampa, fecunda tierra del trigo. Dentro de su eglógica visión aparece, junto con otros inmigrantes y colonos,

...el ruso Elías  
 Con su gabán eslavo y con sus botas...  
 Manso vecino que fielmente guarda  
 Su sábado y sus raras ceremonias...  
 La fecundidad sana de su esfuerzo  
 Se ennoblece en la tierra bondadosa,  
 Que asegura a los pobres perseguidos  
 La retribución justa de sus obras (pp. 44-45).

Gerchunoff cuenta cómo en el Café de los Inmortales, de la calle Corrientes, donde se reunía con otros escritores a principios de siglo, "Lugones nos dio a conocer fragmentos de su espléndida *Oda al ganado* [sic] y *a las mieses*".<sup>23</sup> La alabanza de aldea —y, en ciertos casos, el menosprecio de corte— estaba en el aire; Gerchunoff se plegó al ambiente reinante. Por cierto que, en *Los gauchos judíos*, el antiguo colono entrerriano no se limita a "inscribirse en la voluntad generalizada alrededor de 1910 por lograr un arte nacional basado en *asuntos de tierra*".<sup>24</sup> El estudio de David Viñas sobre Gerchunoff (cf. n. 6) muestra claramente que, junto a éste, otros componentes claves del libro (a saber: un optimismo en el futuro de la República, país de progreso, paz y prosperidad, y una voluntad de integración, de representar a los habitantes de la Nación, sean extranjeros o nativos, como una gran familia armoniosa) no correspondían solamente a la visión personal del autor, sino que también formaban parte integrante del cuadro oficial de la Argentina Centenaria propugnado por el gobierno y llevado al campo de las letras por "los sectores más visibles de la inteligencia argentina [Gerchunoff entre ellos]... actuando

<sup>22</sup> *Odas seculares*, Buenos Aires, 1910. El "Canto a la Argentina" de Rubén Darío, donde también aparecen los "judíos de la pampa", data del mismo año.

<sup>23</sup> "Con Alberto Gerchunoff", *La Nación*, 1 de diciembre de 1940.

<sup>24</sup> Cf. VIÑAS, *Gerchunoff*, p. 178.

como oficialismo intelectual, próximos y coincidentes con los directores políticos del país" (p. 167). Lo que este cuadro oficial ocultaba era el malestar social del momento —huelgas, asesinatos, acciones policíacas, leyes represivas, manifestaciones antijudías— en una época de transición entre una Argentina de élites y una Argentina de masas. Gerchunoff no desconocía esta contraimagen de la Argentina Centenaria;<sup>25</sup> mas su intento optimista, ensalzador en vísperas de las celebraciones, queda claro en estas palabras de 1909:

Los que verdaderamente amamos al país... nos preparamos a glorificar el Centenario... Libre y grande lo ha imaginado Sarmiento en su lengua de bramidos y grande lo veremos, lo verá el mundo, a pesar de los tristes episodios de ahora.<sup>26</sup>

La identificación del advenedizo Gerchunoff con el liberalismo de Sarmiento y sus coetáneos antigauchos, se manifiesta frente al antes discutido filogauchismo poético-idealista preconizado tanto por los seguidores de la línea populista —Martín Fierro, Juan Moreira— como por los escritores de la élite. *La Nación*, periódico con el cual el escritor estaba identificado desde 1908 hasta su muerte en 1950,<sup>27</sup> había sido fundado por Mitre, uno de los europeizantes combatientes de la "falange negativa" = gaucho e indio. "Los grandes diarios —según Gladys Onega— eran propiedad de algunas familias con gran poder económico, habían sido fundados con fines políticos precisos y ostentaban un liberalismo a ultranza" (p. 93). Thomas McGann<sup>28</sup> asevera que

<sup>25</sup> Cf., por ejemplo, su artículo sobre "Los terroristas rusos en Buenos Aires" (publicado en *Ideas y figuras*, nº 1, 13 de mayo de 1909, y reproducido por Dárido Cúneo en *El romanticismo político*, Buenos Aires, 1955, pp. 128-30), donde describe dicho malestar social, tomando partido por el "pueblo" en contra de "las autoridades".

<sup>26</sup> "Los terroristas rusos en Buenos Aires", p. 130.

<sup>27</sup> "En 1908 entra en *La Nación*... desde entonces, con dos interrupciones... perteneció a *La Nación*, identificado por completo con su espíritu" (Jaroslavsky de Lowy, p. 12).

<sup>28</sup> *Argentina, the United States, and the Inter-American System:*

la oligarquía: "permitió la existencia de una prensa cruelmente hostil y generalmente libre"; pero agrega: "la prensa libre —y esto corresponde a *La Prensa* y *La Nación*— era, después de todo, parte de la herencia de la clase dirigente, y los propietarios y principales redactores de estos diarios eran miembros de esa clase" (p. 74).

Gerchunoff forma parte del grupo intelectual profesional constituido por los redactores de *La Nación* y *La Prensa*. ¿Adopta la posición clásica liberal por ser parte del equipo, en momentos que esta misma "fachada" de liberalismo mostraba serias grietas? A principios de siglo (1902-1908), Gerchunoff actúa en las filas del partido socialista,<sup>29</sup> entre cuyos fundadores está su querido mentor, Roberto Payró. Este partido se define como el de la inmigración, "de encarnizada oposición al gaucha", representante de "la vieja política criolla" (Onega, p. 97). Así lo expresa Payró en *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, publicado en el año de las celebraciones centenarias:

El que esto escribe no quiere mal al nieto de Juan Moreira... ni a... ¡tantos otros!, ¿para qué citar nombres? Pero cree que es sonada la hora de acabar con el gauchismo y el compadraje, de no rendir culto a estos fantasmas del pasado, de respetar la cultura en sus mejores formas y de preferir el mérito modesto al exitismo a todo trance. ¡Que el nieto de Juan Moreira nos represente en Europa! ¿Por qué no hacer, entonces, que nos gobierne Facundo, que era lo mismo que él? (Onega, p. 98).

Es la repetición del esquema de Sarmiento: *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga* (1845). Igual ac-

1880-1914, Cambridge, Harvard University Press, 1957 (Citado por Onega en su versión española, de Buenos Aires, EUDEBA, 1960, pp. 93-94 de *La inmigración*).

<sup>29</sup> Dárcio Cúneo incluye a Gerchunoff en su estudio sobre *El romanticismo político*, donde habla de seis escritores —Lugones, Payró, José Ingenieros, Macedonio Fernández, Manuel Ugarte y Gerchunoff— que en aquellos años militaban dentro del socialismo, "apresurados de utopías urgentes, de urgentes hogueras en que se reducirá a ceniza la injusticia social" (p. 22).

titud antigua tenía el Partido Demócrata Progresista de Lisandro de la Torre, agrupación política a la cual se unió Gerchunoff cuando se separó del socialismo. Al establecerse este partido, el propósito de su máximo exponente era "crear con su aporte una fuerza política de centro que mantenga el equilibrio entre la demagogia radical —«jesa reacción gauchesca del radicalismo de Yrigoyen!»— y el socialismo".<sup>30</sup> El partido ha de llamarse "el... de los gringos" (p. 113) gracias a su plataforma pro-inmigrante.

La reacción nacionalista, anti-inmigratoria, de la oligarquía finisecular, con su concomitante mitificación del gaucho —y donde no faltaba el elemento antisemita ejemplificado por *La Bolsa*, de Julián Martel (1891)— fue exacerbándose entretanto, "hasta sobreponerse con las pautas más reaccionarias que ya impactan desde la España de Primo de Rivera, la Italia de Mussolini o la Francia de Maurrás".<sup>31</sup> La voz antigua de Gerchunoff se hace oír relacionada precisamente con una crítica a este tradicionalismo exaltador del gaucho y admirador del fascismo, entonces en auge. En el artículo "El problema de la nacionalidad y la política del idioma" (*La Nación*, 29 de junio de 1924), donde escribe que Mitre y Sarmiento son los antiguauchos que combatieron la falange negativa (el uso del término "falange" es significativo dentro de una discusión de fascismo), Gerchunoff habla de la lucha entre los portavoces de las ideas democráticas y los que se adhieren a la orientación conservadora, regresiva. Dentro de esta polémica —que conmueve a varios países de Europa—, en la Argentina existe el factor adicio-

<sup>30</sup> RAÚL LARRA, *Lisandro de la Torre, el solitario de Pinas*, Buenos Aires, 1956, p. 134. Gerchunoff intervino en varias campañas políticas en favor del Partido Demócrata Progresista; es mencionado por Larra entre los amigos a quienes de la Torre encarga la cremación de su cadáver, y entre las personas que Larra agradece por facilitar su tarea de biógrafo. Para la relación del partido con los grupos inmigrantes, cf. Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en *Los fragmentos del poder: de la oligarquía a la poliarquía argentina*, ed. Torcuato S. di Tella y Tulio Halperin Donghi, Buenos Aires, 1969, pp. 389-437.

<sup>31</sup> DAVID VIÑAS, *De los montoneros a los anarquistas*, Buenos Aires, 1971, p. 261.

nal de "la desconfianza que provoca la colaboración en la lucha de las multitudes que no tienen con el nativo semejanzas ancestrales". Los tradicionalistas buscan la esencia nacional en el "germen inicial". Pero qué era ese germen inicial, se pregunta el escritor. "Era el inmenso desierto argentino en que vegetaba un patriciado pequeño en medio de tribus gauchas". Gerchunoff desenmascara el filogauchismo de los nacionalistas: "Cuando hablan del gaucho y del indio se deslizan por las superficies imprecisas de la poesía. Se valen de dos individualidades desaparecidas en el tumulto del progreso argentino como de un ornamento retórico".

En 1910, la confluencia de la circunstancia personal del inmigrante Gerchunoff con las presiones histórico-literarias de la Argentina Centenaria,<sup>32</sup> le habían llevado a tal deslizamiento en *Los gauchos judíos*; pero en este artículo de 1924 su posición antigaucho (léase antixenofóbica, antifascista)<sup>33</sup> queda clara. La verdadera tradición argentina, afirma Gerchunoff, es la Argentina abierta, nutrida de cultura europea-republicana. A pesar de que la "victoria del Sr. Mussolini encendió en los conservadores de todos los países el entusiasmo reaccionario", el autor rechaza categóricamente cualquier intento de usar la fuerza monolítica y la represión de los derechos ciudadanos para "retrotraer a la sociedad a las escalas arcaicas" y evitar así la efervescencia del cambio y del progreso.

Se ve, entonces, que la actitud de Gerchunoff hacia el gaucho —usando *Los gauchos judíos* como punto de partida— se compone de varios elementos. De un lado, en el reino de la poesía, están las experiencias vividas en el campo entre-

<sup>32</sup> Hablando de esta presión ejercida por la clase dirigente del país, McGann afirma: "All but the strongest minds were stifled by the strength and wealth of the generation in command" (*Argentina*, p. 290). De Gerchunoff, en particular, escribe Viñas: "Gerchunoff se integrará por partida doble con los postulados canónicos [de la oligarquía]: para sobrevivir en *La Nación* y para ser tolerado exalta «el crisol de razas»... en el mismo momento en que las bandas blancas balean judíos y obreros en la Plaza Lavalle (*Apogeo*, p. 136).

<sup>33</sup> Manuel Kantor, yerno de Gerchunoff y organizador de su archivo, habla de la labor antifascista del escritor en su *Alberto Gerchunoff*, Buenos Aires, 1969.

riano con el gaucho-peón de la pampa gringa; la elaboración poético-nostálgica de la figura del gaucho, gracias a la influencia de los sobrevivientes del reino extinguido, que se nutren de sus memorias y de la literatura mitificadora que alrededor del gaucho se elabora; el deseo de identificarse con el símbolo de "lo nacional" para afianzar su argentinismo; la adhesión a la visión oficial de la Argentina Centenaria. Por el otro lado, en el mundo de la realidad político-social encontramos el antigauchismo de la tradición liberal del 53 reforzado por la relación con el diario de Mitre; la ligazón del autor con los nuevos "liberales" —Payró y los socialistas, por ejemplo—, quienes replantean la dicotomía "civilización = inmigrante/barbarie = gaucho" ante la creciente xenofobia de la élite criolla; y finalmente el firme antifascismo de Gerchunoff, quien en la década anterior a la gran confrontación entre la civilización y la barbarie rechaza al gaucho, ahora símbolo de los sectores más retrógradas de la sociedad argentina.

EDNA AIZENBERG

Columbia University.

